

Eva... La Madre de Todos Nosotros

El libro que llamamos la Biblia es esencialmente la historia de la salvación. En el principio Dios creó todas las cosas, siendo la culminación de su obra creadora la formación del hombre del polvo de la tierra. De acuerdo con el relato divino, los animales inferiores fueron creados macho y hembra según sus especies, pero el hombre, aun en su creación, era algo distinto de todas las demás. Su cuerpo, por cierto, es el más noble de los seres creados pero su alma es algo hecho a imagen del Creador mismo. Su diferencia de la creación animal, sin embargo, no termina allí, pues el hombre, en el principio, estaba solo.

Nos causa extrañeza la creación separada y especial de la primera mujer, hasta que recordemos que, en la obra culminante de la creación, está reflejado el plan igualmente sorprendente de la salvación, aun antes de que cayeran en pecado nuestros primeros padres. Autoritariamente, nos informan San Pablo y el autor de la Epístola a los Hebreos, que tenemos en el primer Adán el tipo del Segundo Adán, siendo aquel el producto de la creación y Este el Autor de nuestra salvación.

El primer Adán, fue hecho a imagen de Dios; el Segundo Adán, era Dios mismo. Al primero, le sobrevino el sueño a fin de que Dios formara, carne de su carne y hueso de sus huesos, a su mujer; al Segundo, le sobrevino la muerte a fin de hacer posible la formación, carne de su carne y hueso de sus huesos, la Iglesia, que es la Esposa del Cordero.

Fuera de la Biblia, la historia de Eva sería una fantasía más allá de los límites de la credulidad humana. Dentro del cuadro de la revelación divina, se presenta, aun en sus detalles, como elemento indispensable en el desenvolvimiento del gran plan de Dios para la humanidad.

El acto culminante de la creación.

Fue un día memorable en la historia de la raza humana cuando en el jardín de Edén hizo su aparición la primera mujer. Jorge Herbert, comentando su creación, dice que Adán fue hecho de polvo refinado, mas Eva de polvo doble-mente refinado, por ser su materia prima el mismo Adán. Mateo Henry, el afamado expositor bíblico, llama la atención al hecho de que Eva no fué formada de la cabeza de Adán para gobernarle, ni de sus pies para que fuese menos-preciada por él, sino que fué hecha de su costado para ser igual a él, de debajo de su brazo para ser protegida por él, y cerca de su corazón para ser amada por él. Cuando el Creador la presentó a Adán, éste se vió arrebatado por la visión de gracia y hermosura que contemplaba. El encanto de su belleza, su fina inteligencia y el tierno amor que centelleaba en sus lindos ojos, indicaban una personalidad bien equilibrada, robusta y noble y una compañera digna de compartir con él señorío de la creación. La perfección física, intelectual y espiritual de esta primera pareja, la capacitó para una comunión íntima e ideal, no solamente entre sí, sino también con el Creador. Presenta pues este primer matrimonio la plenitud de aquella íntima relación, que es el ideal de la vida conyugal y que en las primeras páginas sagradas simboliza la unión mística entre Cristo y la Iglesia.

2. El primer acto de desobediencia.

Adán y Eva gozaron de amplia libertad en el Paraíso, siendo su única limitación la prueba de fidelidad y obediencia, es decir, la prohibición de comer del fruto de la ciencia del bien y del mal. Esta obediencia, impuesta por Dios, no envolvía ni

esfuerzo ni sacrificio, puesto que a su disposición estaban todo el jardín y sus frutos.

Por algún tiempo, la antedicha prohibición no presentó ningún problema, pues en su inocencia ninguno de los dos se imaginaba que el diablo proyectaba su ruina. Sin embargo, en medio de este cuadro de felicidad, el enemigo se presentó, y con una pregunta artera y llena de sutileza maligna, indujo a la mujer a desacatar las disposiciones divinas. "¿Con qué Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? . . . Mas sabe Dios que el día que comiereis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses. Sabiendo el bien y el mal" (Gen. 3 : 5). De esta manera trató Satanás de destruir su confianza en la bondad divina y hacerla dudar de su amor. Eva, en lugar de escucharle y rechazar de plano sus malvados embustes:

a) *Dudó de la Benevolencia del Señor, no obstante sus amplias experiencias de su bondad y veracidad;*

b) *Agregó al Mandamiento de Dios palabras que El no había pronunciado.* El mandamiento divino de Adán fue categórico: "No comerás de él". Mas ella agregó: "Ni le tocaréis no sea que muráis". Nuestra única protección contra la astucia de Satanás es adherirnos con fe inquebrantable a toda Escritura, sin agregarle ni quitar-le nada (Apocalipsis 22 : 18-19).

c) *Quedó fascinada con las Insinuaciones de Satanás, y advirtió que el árbol era:*

- i. Bueno para Comer, pues apeló al apetito y excitó las concupiscencias de la carne. Toda tentación se presenta en la misma forma. Hoy en día se propaga la idea de que el joven no debe negarse ante ninguna experiencia que le parezca placentera, con tal de que pueda evadir sus consecuencias desagradables. Esta actitud niega la existencia de valores absolutos y enseña que todo es relativo. Para que algo sea bueno tiene que ser bueno para alguien, para algo. Las Escrituras enseñan lo contrario y afirman que los valores son absolutos. Todo lo que prohíbe Dios es absolutamente malo y todo lo que aprueba es absolutamente bueno;
- ii. . Agradable a los Ojos, pues apeló a los sentidos, despertando la vanagloria de la vida. El pecado en perspectiva siempre atrae y nos promete placer y provecho; mas consumado, su dulzura se vuelve cenizas en el paladar; y,
- iii. Codiciable para Alcanzar la Sabiduría. Apeló a la razón, provocando el deseo de transgredir los límites del conocimiento que Dios había establecido para la felicidad humana. Siglos después San Juan escribió: "Las concupiscencias de la carne (el fruto bueno para comer), la concupiscencia de los ojos (el fruto deleitoso a la vista) y la soberbia de la vida (el fruto codiciable para alcanzar la sabiduría), no es del Padre, mas el del mundo" (I Juan 2 : 16). La carrera vertiginosa hacia el pecado terminó por tomar el fruto. Al hacer esto, Eva:

d) *Actuó en Independencia de Dios, sustituyendo su propia voluntad en lugar de la voluntad divina. ¡Acto trágico y fatal!* La que fue hecha a imagen de Dios se entregó al dominio de Satanás, se arruinó a sí misma y trajo la ruina a su posteridad. La técnica del adversario es siempre la misma. Promete la emancipación de la autoridad y la obediencia divinas y termina sojuzgando a su víctima en la más abyecta servidumbre.

Lo trágico del caso es que estaba en el poder de la mujer resistir al Maligno; en lugar de hacer esto, quebrantó deliberadamente el mandamiento divino y ofreció

el fruto prohibido a su esposo. Aquel día, fue funesto para la raza. La muerte espiritual en adelante constituyó la herencia del hombre a menos que Dios interviniera para salvarle.

Apenas probado el fruto, Adán y Eva se dieron cuenta de que algo terrible les había acontecido y que era ya imposible deshacerlo o remediarlo. En la tarde del mismo día, Jehová les visitó.

Antes de pecar, encontraron deleite por estar en comunión con El. Ahora, llenos de temor y vergüenza, se escondieron de su presencia. Mas no obstante el terrible pecado en que cayeron, el Señor no les abandonó. Llamando a Adán, le dijo: "¿Haz comido del árbol que yo te mandé no comieses?". Por respuesta, Adán arrojó la culpa de su transgresión sobre la mujer e indirectamente sobre Dios mismo, diciendo: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y lo comí".

Eva, en cambio, sin evasivas de ningún género, hizo una confesión franca de su pecado, lo cual constituyó el primer paso en su retorno a Dios. En lugar de quedarse en abierta rebelión contra su Creador, se puso a su lado, demostrando así su deseo de desvincularse una vez por todas del Tentador.

Aunque Eva fué la primera en la transgresión, Adán se identificó con el pecado de su esposa para la ruina de la raza. En cambio, el Segundo Adán se identificó con el pecado del hombre para la salvación de aquel. El primero, arruinó la raza por su desobediencia y falta de fe; el Segundo, la redimió por su obediencia perfecta, haciéndolo ya posible que cada hija de Eva y cada hijo de Adán, que cree en el Salvador, "no se pierda mas tenga la vida eterna".

La persona que agrada a Dios, arrostra con fe las tentaciones en su esfuerzo para acatar la ley divina. La obediencia envuelve la negación del "yo" y de los deseos personales, junto con la plena aceptación de la voluntad de Dios, por desagradable que sea a la carne (Marcos 8:34).

Eva fracasó en el jardín bajo las condiciones más favorables. Jesús triunfó solo en el desierto teniendo todo en su contra. Eva citó mal las Escrituras, Jesús guardó su espíritu y letra y, cumpliéndolas, destruyó de raíz el poder de Satanás.

La ampliación de conocimiento que el Adversario pro-metió a nuestros primeros padres, lejos de ser una bendición, trajo por consecuencia la mayor maldición. Al procurar emanciparse de la dependencia de Dios y la sumisión a su voluntad, encontraron que el codiciado fruto fue en extremo amargo. Dice la Escritura: "Y fueron abiertos los ojos de entrambos y conocieron que estaban desnudos". Su conocimiento experimental del pecado trajo como consecuencia el rompimiento trágico de su comunión con Dios, con la consiguiente pérdida de su inocencia, dignidad, felicidad, dominio, paz y vida perdurable. En su tentativa para remediar la situación "cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales". El pecado, sin embargo, es un mal demasiado real y profundamente arraigado para poder cubrirlo con un mero delantal de hojas u otro artefacto humano alguno. Para la rehabilitación del hombre se hace necesaria la intervención de Dios mismo, quien comenzó aquel día el desenvolvimiento de su plan de salvación, mediante el sacrificio vicario de una víctima inocente (Génesis 3 : 21).

3. La primera promesa.

Satanás había engañado por completo a nuestros primeros padres, quienes, en lugar de llegar a ser como dioses, lograron conocer el bien, sin poder hacerlo, y el mal, sin poder evitarlo. Se hallaron pues en una situación tal que, de cuantos medios humanos se hubieran podido valer, les era imposible justificarse ante el Eterno. Sin embargo, "la extremidad del hombre es la oportunidad- de Dios".

Un rayo de luz divina hendió las tinieblas en que estaban envueltos. En su gran amor y misericordia Dios anunció a Eva su plan de salvación mediante la Simiente de la mujer, diciendo: "Enemistad pondré entre tí y la mujer y entre tu Simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15).

Esta promesa de un Redentor es la primera de una larga cadena de promesas mesiánicas. La cabeza herida se refiere al golpe fatal que dió Jesús al dominio de Satanás mediante su muerte y resurrección. Habla de una herida que nunca puede ser curada (Apocalipsis 20: 1-3, 7-10; Heb. 2: 14-15). Satanás, a su vez, hirió al Salvador en el calcañar cuando fue clavado en la cruz del Calvario (Isaías 53; y Salmos 22 y 69).

Aquella noticia alentadora, llamada con acierto el "Primer Anuncio del Evangelio", habría inspirado esperanza en los corazones desfallecidos de nuestros primeros padres al ser expulsados del Paraíso e indudablemente les habría ayudado a mantener firme su fe al enfrentarse al rudo trabajo y a las penalidades de un mundo adverso.

Eva creyó en la promesa y así vino a ser la primera de los millones de mujeres que a través de las siglos han creído las promesas de Dios para su salvación eterna. Por la mujer, fue introducido el pecado; por su Simiente, fue hecho posible la salvación.

4. La primera madre.

Aquel mismo día y para impedir que cometiesen otra locura comiendo del fruto del árbol de la vida, con lo cual perpetuaría su miseria, nuestros primeros padres fueron expulsados del Edén, para comenzar el segundo capítulo de la historia humana en un mundo de cardos y espinas. Adán tuvo que luchar con las malezas en sus cultivos a la vez que su esposa tuvo que combatir la perversidad en la conducta de sus hijos. Ejemplo del fruto de su fiel instrucción religiosa tenemos en la actuación de su segundo hijo Abel, cuyo sacrificio del cordero tipifica la obra redentora del Cordero de Dios. De las referencias neo-testamentarias a este sacrificio, se desprende que Abel proclamó así a las generaciones venideras que sin el derramamiento de sangre no puede haber remisión de pecados (Hebreos 11: 4; 9: 22).

El sacrificio incruento de Caín consistió en los frutos de la tierra maldita que es ineficaz para expiar el pecado.

Todo celo vano es,
Vanas son mis lágrimas;
Tú, Jesús mi Salvador
Solo puedes perdonar;
En tu cruz hay el perdón,
Sólo en tí hay salvación.

Dios rechazó la ofrenda de Caín y éste, resentido y furioso de venganza, mató a su hermano.

La pérdida de Abel constituyó para Eva el primer gran golpe de sufrimiento y pesar. La primera madre ya era madre del primer homicida y del primer mártir. ¡Cómo se multiplicaba el fruto de la desobediencia, y cuánto anhelaba ella el cumplimiento de la promesa de la Simiente Redentora! Pero la pérdida de Abel no representó todo. También tuvo que perder a su primogénito, cuando éste fue condenado por Dios a vagar por la faz de la tierra. Aquel terrible día, ambos esposos se habrían dado cuenta que el camino del trasgresor es duro.

Es deber de todo cristiano aprender desde temprano a discriminar el bien del mal y aferrarse a la costumbre de identificarse con el bien costare lo que costare. Solo así se edifica el carácter cristiano. Mas cuando el hombre duda de la sabiduría de Dios en lugar de fiarse de ella, sólo se encamina hacia el descubrimiento de la triste diferencia entre el bien y el mal, tal como hicieron nuestros primeros padres, para encontrarse víctima del mal sin poder volver al bien.

Así en la alborada de la historia humana, la Madre de Todos Nosotros introdujo la primera nota discordante en el mundo hecho para nuestra felicidad. Grande fue su falta pero mayor resultó el amor redentor de Dios.

"La paga del pecado es muerte;
Mas la Dádiva de Dios es vida eterna
en Cristo Jesús Señor Nuestro".
(Romanos 6 : 23)